

CEREBRO, MENTE Y PSIQUIATRAS: BREVE REVISIÓN, REFLEXIONES Y PREGUNTAS.

Jose Ignacio Zuazo Arsuaga*. Médico psiquiatra

Se realiza una breve revisión de algunos puntos de vista sobre los conceptos de cerebro y de mente así como de sus mutuas implicaciones. Se insiste especialmente en la repercusión de estos conceptos para la definición de las diferentes aproximaciones psiquiátricas inclinándonos por un modelo que permita un trabajo cubriendo las vertientes somáticas y psíquicas.

El psiquiatra, y no sólo por etimología del término, se define como médico, y con más concreción como médico de la mente, y es que no ha podido hacerlo de otro modo, tanto por razones de su "alienista" origen como porque había otro profesional que era el médico del cerebro, el neurólogo. Un paso intermedio sin duda de gran interés teórico y práctico fue el del neuropsiquiatra como médico de la mente y del cerebro. Estos temas nos sugieren a todos, sin duda, algunas preguntas:

¿Es que la medicina psiquiátrica, puesto que de cuerpo se trata, ha de ser una labor, única-mente, del cerebro-psiquiatra?.

¿Es que el mente-psiquiatra negocia en sus gestiones también el cuerpo físico?.

¿Es que la psiquiatría, en su sentido global, está en una provisionalidad, "haciendo tiempo", antes de que desembarque, ocupando el espacio, la neurobiología o la biología en general?.

¿Es que la psiquiatría ha de romperse en un troceado a ser repartido por diversos tipos de profesionales?, y si es así, ¿qué tipo de profesionales?.

Pareciera a veces que las respuestas se están dando sin haberse siquiera explicitado las preguntas. Mientras unos intentan deshacer nudos gordianos, Alejandro cabalga largo y tendido tras cortar ese nudo con mirada indiferente. La pregunta es si Aristóteles hubiera intentado deshacer el nudo. O tal vez la interrogación es absurda porque Aristóteles era un "desatanudos" y Alejandro un "cabalgador impetuoso" (siendo complementarios ambos, "mentistas" y "cerebristas"). No obstante las dificultades no son simples: ¿y sino estamos ante Aristóteles sino ante Merlín?, ¿y si no se trata de Alejandro sino de un capitán que se limita a destruir y arrasar?.

Entre los clínicos, especialmente psiquiátricos, parece que una forma de resolver el problema mente/cerebro ha sido el de ignorarlo, por supuesto tomando partido por alguna de las alternativas pero dejando (no siempre) las dificultades en un limbo nublado.

Con algún abuso de lenguaje distinguiremos pues, los "cerebro-psiquiatras", los "mente-psiquiatras" y los "psiquiatras-duales". "Si un estado mental es un estado físico —escribe Moya introduciendo a Davidson (1)—, ha de tener una realidad ontológica propia, independiente de sus relaciones de coherencia con otros estados mentales (p.39)". Aparece



entonces un inquietante doble enlace: una creencia, por ejemplo, habría de estar fijada al evento psicofísico que la causa y también a sus relaciones con otros estados mentales. Estos problemas hacen decir a autores como Bechtel (2) que entre acontecimientos cerebrales y mentales nunca podrá llegarse a algo más que a meras correlaciones. Así pues la dificultad de primer rango para establecer un puente entre lo somático (físico) y lo psicológico (mental) es el de la heterogeneidad y "cierre" de ambos campos. "Constituye un rasgo típico de lo mental —escribe en su crítica al dualismo Wilson (3)— el que la atribución de los fenómenos mentales ha de corresponder al trasfondo de razones, creencias e intenciones del individuo (p.153)". En el caso de la realidad física los cambios habrían de ser descritos en términos físicos.

Si establecemos algo así como unidades asociadas que comportan un fenómeno clínico y un sustrato neurofisiológico y establecemos cadenas de tales unidades asociadas, nos encontramos con que la implicación mutua de los fenómenos podría seguir vías diferentes e incluso opuestas a la organización de los sustratos (y otro tanto si el movimiento se inicia desde los sustratos). El camino cartesiano dualista de separación radical entre el pensamiento (carente de extensión) y el cuerpo "extenso" resuelve drásticamente los problemas: la mente, el fenómeno por un lado, el cuerpo, los sustratos neurofisiológicos por otro. La idea de que el pensamiento no ocupa lugar enlaza con propuestas cognitivas que sin reconocerse dualistas a menudo parecen dibujarse como tales, es el caso de la metáfora mente/ordenador y en general de las teorías computacionales: para Putnam (4) por ejemplo, la descripción lógico-funcional se lleva a cabo en los procesos mentales con total independencia de lo estructural (de la persona o máquina en cuestión). Evidentemente la disyuntiva dual nos deja bastante inermes con respecto a la clínica: ¿de qué modo un antidepresivo hace variar el humor, la ingesta de

alcohol produce sus efectos, o simplemente una mala noche nos torna pesimistas?, ¿cómo una palabra de aliento, un señalamiento o un silencio atento inciden en alguien fatigadamente apesadumbrado?, y más generalmente, ¿cuál es la mítica "glándula pineal" que articula el pensamiento, la palabra y el cuerpo?.

Un modo de romper la disyuntiva y la articulación de la dualidad mente-cerebro, es negar una de las polaridades. En cierta forma es la actitud (antimentalista) de Ryle (5) quien criticó el "error categorial" de la mente como aparato o substancia. De igual modo que edificios diferentes forman una universidad, sin que haya ninguno en concreto que lo sea, la mente sería el conjunto de disposiciones para la conducta, y —desde una perspectiva conductista— no habría según el autor vida mental fuera de la conducta.

No parece posible negar la presencia del cuerpo físico, del cerebro, así que las disyuntivas mentalista dominantes lo que hacen es ignorarlo o dejarlo como reservorio ("¿caldero hirviente? ").

Otra forma de dirimir el problema es negarlo en tanto en cuanto hay una identidad entre el cerebro y la mente, esta identidad puede no obstante reconocer una especificidad a la mente, volveremos sobre ello.

Convendría para evitar equívocos recordar que lo que se ha dado en llamar corrientes psicósomáticas, a pesar o precisamente por su denominación, poco nos aclaran en cuanto a la posición —al menos teórica— de sus practicantes con respecto a la relación cerebromente. Dicho de otro modo, se puede ser "cerebrista", "mentalista" o "dual" y estar inmerso en la teoría y práctica de la medicina psicósomática:

Para los unos, el cuerpo "orgánico" se comporta con sumo hacedor, y especialmente por sus vías hipotálamo-hipofisarias y hormona-

les en general, "produce" vivencias y manifestaciones mentales equivalentes en todos los planos a la clínica somática.

Para los otros, una mente insuficiente –"alexifémica", "pensamiento operatorio" (Taylor, 6)- es incapaz de elaborar adecuada o suficientemente afectos e ideas que fluyen como un cortocircuito energético hacia el cuerpo "orgánico".

Un tercer grupo plantea que en el fondo toda patología mental o somática es psicósomática, pero no por razones de identidad mente-cerebro, sino por todo lo contrario. El dualismo les lleva a repartir en cada manifestación clínica una dosis de "psíquico" y otra cuota de "somático".

Tampoco los conceptos de esquema corporal como expresión de la integración anatómica y funcional o de la imagen del cuerpo como vivencia unificada "imaginaria" o "simbólica" se identifican con una única posición, más bien esquema e imagen pueden ser tratados de manera solitaria o unificados ante la hegemonía de uno de los aspectos, o –una vez más- considerados dualmente.

Cerebro-Psiquiatras, Mente-Psiquiatras y Psiquiatras-Dualistas

Un ejemplo de corriente cerebro-psiquiátrica explícita es el organodinamismo de Ey (7) de carácter jerárquico jaksoniano insuflado por aportes fenomenológicos, otro ejemplo es el de Berrios et al. (8) que proponen redefinir los síntomas psiquiátricos de modo que se adapten a marcadores biológicos: "El modelo (...) –escriben, p.59- presupone que los síntomas 'reales' deben incluir una señal biológica...". Sin negar –no es posible- el peso de los "códigos personales y culturales" y la "pragmática de la situación", los autores insisten en que los síntomas psicopatológicos, más o menos "conceptuales", son construcciones que pretenden nombrar experiencias "amorfas". De

todo ello que lo fundamental en la propuesta sería precisar los síntomas, pero no de cualquier modo, sino dirigiéndose con paso decidido hacia la neurobiología. Berrios (9) resume la propuesta: "primero existe un centro orgánico para los síntomas, segundo, el centro está envuelto en códigos personales y culturales, tercero, está envuelto en una pragmática de la situación (p.27)".

La afirmación de que en el origen de los trastornos –y del funcionamiento normal- está lo neurobiológico (no como "la otra cara de la moneda", sino como origen) es a veces explícita y las más implícita en la práctica de la cerebro-psiquiatría: el tratamiento farmacológico es de rigor y el resto de técnicas coadyuvantes, cuando se llevan a cabo, están a la espera de que las drogas cumplan sus funciones. Desde esta aproximación –en el fondo- seríamos todos practicantes de una "psiquiatría provisional" el tiempo que los avances en la investigación neurobiológica y psicofarmacológica nos transformen en cerebro-psiquiatras o francamente neurólogos.

Los mente-psiquiatras, por definición, tiene una más complicada identidad profesional, su aproximación les aleja de las vías habituales –y tal vez definitorias- médicas; de hecho se confunde con la orientación "mente-psicológica/psicopatológica". Desde las orientaciones más extremas, como la de Groddeck (10), a postulados psicósomáticos más clásicos (ortodoxo-freudianos o heterodoxos) o a aproximaciones comportamentales y cognitivistas, los mente-psiquiatras pueden mantenerse como tales ya sea en marcos "monistas" o en posiciones duales implícitas en las que la vertiente "cerebral" es puesta –en la práctica- entre paréntesis. Dicho de otro modo, se puede ser mente-psiquiatra por acción o por omisión:

En el primer caso lo somático, lo neurofisiológico, el cerebro sufren los embates de conflictos (o de impotencias) mentales que se



"encarnan" en un funcionamiento biológico molestando. Este parece ser en gran medida el punto de vista psicósomático de la llamada "escuela de París" (Marty, 11) y aún más de Groddeck (10). Propuestas inscritas en las teorías sistémicas a ultranza o en algunas perspectivas constructivistas llevan también el mentalismo a sus últimas consecuencias.

En el segundo caso, el cerebro y lo somático, o bien desaparece de escena o bien sólo surge con respecto a patologías graves que una vez diagnosticadas son cedidas inmediatamente a los cerebro-psiquiatras.

El planteamiento mentalista sostiene, cualquiera sean los argumentos, que hay un hiato insalvable entre inferir fenómenos psicológicos a partir de lo neurobiológico y explicarlos; además se insiste en la particularidad de la experiencia (mental) independiente de su génesis (cerebral).

"Las representaciones teatrales –nos dice G. Strawson (12, p.172)- son imposibles sin un gran despliegue de actividad detrás del escenario, pero nada de eso, en sentido estricto, forma parte de la pieza teatral representada". Una vez comenzada la obra de teatro, abierto el telón, lo que va transcurriendo, cómo va sucediendo, las reacciones del público, etc, poseen su "lógica", sus reglas propias. La metáfora vale para la mente, la representación parece independizarse de lo que sucede entre bambalinas, incluso –como actualización- la obra (y la mente) parecen también descolgarse de las horas de memorización de los diálogos y de las disposiciones. ¿Pero más allá de ese "estricto sentido" es así?, ¿no ha de darse una muy precisa complementariedad, correlación e isomorfismo según los casos, entre lo actualizado y lo que permanece "detrás"?

La metáfora del ordenador aunque –tal vez- resulte falsamente monista pretende con frecuencia adherirse a una identidad mente/cerebro en la que el primer polo, la mente, ocupa

el papel privilegiado. El cómputo es de efectos ambivalentes, por un extremo nos une a la naturaleza en tanto las máquinas (es decir las organizaciones no neuronales) podrían pensar, por otro extremo nos hace sobrevolar etéreamente al distanciarnos –como supuestos seres "informatizados"- del sustrato biológico neuronal.

Entender lo mental como cómputo simbólico nos lleva de lleno a autores como Putnam (4) y Fodor (13) pero en alguna medida tal vez también a Lacan (14) en su teoría del significante. Para Putnam (4) un organismo es definido por su organización funcional y no por su estructura física. Fodor (15) sugiere, para entender las relaciones de lo psicológico con lo neurológico, no fijarnos en los niveles microanalíticos sino en las funciones psicológicas que podemos atribuir a los sistemas neuronales. Se trataría de no centrarnos en la estructura física y en la composición de las partes sino en la posición que desempeña cada elemento. La independencia de la función que se modeliza en el cómputo ciertamente dibuja un nuevo dualismo, la vieja polaridad "cerebro/mente" deja lugar a la nueva, "máquina/programa" ("hardware-software") en una relación por la que la mente sería al cerebro lo que el programa a la máquina. Pero no sólo la teoría del cómputo pretende responder a los problemas mente/cerebro (cuerpo) sino que en palabras de Fodor (15) "las mismas propiedades de las representaciones mentales que determinan sus papeles informáticos son también portadoras de información acerca del mundo (p.102)". El cómputo unificaría de esta forma mente, cerebro y mundo en una perspectiva en que la conducta es causada no indirectamente por representaciones mentales sino por el propio mundo.

"La psicología informacionista –escribe Bunge (16)- es abiológica, porque todo trozo de software humano se aprende, o sea, se graba en el cerebro (p.58)". Los programas –incluso informáticos- no son formas puras

puesto que exigen un trozo de materia así sea como pequeño disco.

Todo esto nos lleva –siguiendo a Rivière (17)- a recordar algunas nociones con respecto a los cálculos simbólicos y al símbolo en ese sentido. Los símbolos del programa –a diferencia de los signos y símbolos verbales- carecen de "presencia fenomenológica", no están dirigidos al otro (o a sí mismo como otro), por lo tanto no poseen significado y lo que es más, tampoco significante: "No tienen significante- escribe el último autor- porque no se constituye como presencias fenoménicas, para el propio sistema que los usa, ni significan nada para él. No poseen significados porque funcionan en virtud de reglas puramente sintácticas (p.104)". Que haya semejanzas entre cerebro, mente y ordenadores, según Bunge (18) no debe de causarnos sorpresa puesto que están de tal modo diseñados, "pero las semejanzas son tan superficiales como la similitud existente entre una lavadora y una máquina de lavar... (p.50)".

Además el problema se complica con propuestas como la de Penrose (19, p.523) quien distingue las acciones inconscientes del cerebro que responderían a procesos algorítmicos y que generarían propuestas a una consciencia no algorítmica, la cual rechazaría o seleccionarías la que considerase más oportunas.

También Searle (20) asienta los procesos mentales en los procesos cerebrales sin que medie "cómputo" ninguno. Ello evidentemente le aleja de las propuestas del funcionalismo y particularmente del ligado a la metáfora del ordenador que, por cierto, critica con rotundidad. El autor adopta una posición en cierto modo híbrida, lo mental no se reduce a lo que estudia la habitual investigación científica biológica y, a la vez, mente y cerebro (cuerpo) no son dos cosas diferentes. Los fenómenos mentales estarían causados por la estructura cerebral y simultáneamente se realizarían en ella. Para ejemplificar el circuito descrito el

autor distingue las micropropiedades y las macropropiedades: un objeto está formado por átomos y moléculas poseyendo también características (macroscópicas) de dureza y densidad. Para Searle, escribe Martínez-Freire (21, p.131) "la consciencia es un rasgo irreducible de la realidad física o, más precisamente, es un rasgo emergente de ciertos sistemas de neuronas, de la misma manera que la solidez y la liquidez son rasgos emergentes de sistemas de moléculas".

Terminaremos este recorrido con una consideración: entender la mente según el modelo informático parece exigir tales características en ese ordenador (autoprogramado, variable en su arquitectura sináptica en continuo movimiento, con procesamientos en paralelo...) que en cierto modo fabricar una máquina tal sería (re)construir la vida cerebral, y volveremos –casi- al punto inicial; nada explicaríamos sino que reduplicaríamos...

Un terreno particularmente confuso es el de los psiquiatras-dualistas (o "trinos": "biopsicosociales"). De hecho es común que casi todos los psiquiatras se definen de este modo. Además, eclecticismo teórico con práctica monocorde en un extremo y práctica ecléctica con teoría monocorde en el otro complican las reflexiones sobre el tema. Un carpintero debe, de vez en cuando, trabajar con clavos y poner arandelas, pero eso no le hace ferretero o carpintero-mecánico. Bien es cierto que dada la variedad de pacientes (¿o clientes?), un mismo psiquiatra hace entrar en su despacho a un paciente para ejercer de cerebro-psiquiatra –al menos hegemónico-, y al salir ese paciente hace pasar a un segundo con quien la tarea parece transformar al profesional en mente-psiquiatra (cuando no "trabajador social-psiquiatra"). Sin embargo, insistimos, todo ello no corrige lo señalado: el carpintero es fundamentalmente eso, carpintero... Pero inmediatamente nos preguntamos: ¿es así?, ¿vale la metáfora?, ¿se es polivalente porque con un paciente se "hace" una cosa y



con otro otra, o bien porque la práctica con cualquier paciente ha de ser polivalente?, ¿qué significa ser polivalente en la psiquiatría?

Curiosamente es al reflexionar sobre el psiquiatra-dual donde surge con especial vigor el interés de repasar las teorías de la identidad mente-cerebro. Tal vez ello es así porque esa identidad, de hecho, parece que en los estudios de la filosofía de la mente ha implicado un movimiento de báscula hacia el peso abrumador de lo neurobiológico que sin duda en este tipo de teorías –salvo algunas excepciones funcionalistas- gana la partida a lo mental. A menudo, el psiquiatra-dual es sobre todo un cerebro-psiquiatra abierto a pequeños toques y retoques mentales (y "sociales").

Tomaremos a Davidson (1) como ejemplo de teórico sobre la identidad mente-cerebro "relativa" o de "instancias"; en este caso la identidad se limita a la asimilación de casos particulares sin que puedan establecerse leyes. Moya en la introducción a Davidson (1, p.24) comenta un ejemplo en el que "Juan" decide ir al cine: "el deseo que Juan tenía el jueves pasado de ir al cine, causó que fuese al cine, ese deseo es un determinado evento físico en el cuerpo de Juan", no obstante no existiría un "tipo físico" que habrían de tener en común todos los que anhelan ir al cine. La identidad mente/cerebro se iría estableciendo paso a paso entre los acontecimientos particulares. Así pues en este modelo se niega la posibilidad de leyes "puente" entre el cerebro y la mente; al ser la coherencia y la racionalidad los principios que constituyen la mente, ésta se encuentra en una posición heterogénea ("anómala") con respecto a las leyes físicas. "Cada vez que estoy en un estado mental, escribe Betchel (2) comentando a Davidson, particular, ese estado mental es idéntico a un estado cerebral, pero en otras ocasiones, cuando estoy en el mismo estado mental, puedo estar en un estado cerebral diferente (p.143)".

Desde una posición como la de Pribram (Pribram y Martínez-Ruiz, 22) la psiquiatría no tendría que ver con la forma como se relacionan e interactúan la mente y el cerebro sino con la manera como "difiere la organización de la interacción de los elementos básicos del cerebro en los estados caracterizados por los automatismos y en aquellos otros caracterizados por la conciencia (p.116)".

La identidad "realista" mente-cerebro más exhaustiva corresponde a la "teoría de la identidad tipo". La identidad no es aquí simple correlación sino isomorfismo entre lo fenoménico y los procesos neuronales y biológicos. Lo mental y lo corporal físico con diferente sentido tendrían un mismo referente; tal punto de vista ha llevado a Lewis (comentado por Martínez-Freire, 21) a realizar el siguiente silogismo: estados mentales causan la conducta, estados neuronales causan la conducta, luego los estados mentales son los estados neuronales. De este modo "la auténtica naturaleza de lo mental es, en realidad, una clase particular (...) de proceso físico" (Wilson, 3, p.83).

Autores como el propio Wilson o Bunge (16) aunque se reclaman de las teorías de la identidad parecen reconocer que –al menos- fenomenológicamente cerebro y mente son diferentes. La situación no inquieta a Bunge (16, p.68) que escribe al tratar de la reductibilidad de lo mental a lo neurofisiológico: "puede mostrarse que tal reductibilidad ontológica es compatible con la tesis de que la psicología no es totalmente reducible a la neurofisiología. Esto se debe a que (a) los procesos neuronales son influidos por las circunstancias sociales, y (b) la psicología emplea conceptos, hipótesis y técnicas propios que van más allá de la biología".

Wilson (3, p.154) en una posición que califica de "biperspectivista" sostiene que defender la identidad de tipos "no exige especificar la materialización (o las materializaciones) físi-

cas exactas"; apoyándose en una idea que atribuye a Smart, considera que entre lo mental y lo físico hay ciertamente un "hiato nomológico", "este caso es análogo al del diseñador de un puente, en el que el 'diseño' (acontecimientos mental) puede tener un número cualquiera de materializaciones físicas (acontecimientos físicos) sin que esto afecte la índole, semejante a una ley, de la relación existente entre los diseños y los puentes ya realizados, que los materializan". De una forma que recuerda al estructuralismo en Piaget (23), desde esta última perspectiva, el isomorfismo tendría que ver con las relaciones formales, en este sentido Wilson (3) nos recuerda que las explicaciones científicas ("cerebrales") son habitualmente extraordinariamente más complejas que las simplificaciones del género "si sucede esto y esto otro, entonces ocurre tal cosa o tal otra". Apoyándose en cierto emergentismo y sobre todo en los conceptos de organización, relación y canal de comunicación, Wilson (3, p.100) concibe el cerebro no como un sistema "intracraneal" cerrado "sino como un subsistema viviente, abierto, de un subsistema social supraordenado...". La separación anatómica entre los individuos —desde esta perspectiva— sería ilusoria ya que "el cerebro se desarrolló primeramente como un órgano relativo a interconexiones primordialmente internas y luego como órgano de interconexiones con el medio".

Sin embargo todo parece decir que "los debates entre los teóricos de la identidad y sus críticos quedan en tablas: ninguna de las partes es capaz de convencer a la otra (Bechtel, 2, p.135)". La célula nada "sabe" de otras células, únicamente sabe de sí misma (Maturana y Varela, 24), el individuo humano —es lo que postulamos (Zuazo, 25)— solo sabe de sí mismo, pero con una apabullante característica: en su sí mismo están los otros. El lenguaje verbal es una organización y estructura autoorganizada y cerrada la mente atravesada por el lenguaje también lo es. Sugerimos que las diversas situaciones son similares: la célula

la y los tejidos que forma el individuo humano, el lenguaje verbal como sistema, la mente en general solo saben de sí mismos, siguen sus propias reglas, pero desde una estructuración —fuertemente orientada por la evolución— mediante la que en cada caso los elementos principales de su contexto han sido introducidos en el interior estructural de forma tal que los "acoplamientos", las relaciones posteriores, poseen algo de "lo mismo con lo mismo". Desde la aproximación autoorganizativa hay —al menos— una pasada, vieja, identidad entre la mente y el cerebro: todo ha de interpretarse y estudiarse según el propio sistema, pero ambos se han co-construido en el pasado y co-evolucionan en la actualidad de manera isomorfista en los nódulos principales.

Conclusiones Provisionales

Si energías bizarras y actualmente incomprendibles no existen, lo mental como disposición y actualización habrá de tener un sustrato neurofisiológico. Que el "hardware" sea —eminentemente— la máquina (con su arquitectura estructural específica) y que el "software" sea información no significa que la lógica constituyente flote como una idea platónica: como señalaba Bunge (16) el programa requiere también una "encarnación". Cuando digo "agua", "algo" ha de suceder necesariamente en alguna parte de mi cuerpo, seguramente en mis redes neuronales, puedo considerarlo sin interés, pero así debe de ser. Y cuando asocio el agua con el líquido amniótico, también nuevos "algos" deben de acontecer en esas —quizás— redes neuronales. Sin embargo su búsqueda y hallazgo —más que probablemente imposible— no va a retener nuestra atención. Nos conformaremos con sostener aquí la presencia de un cierto isomorfismo de grandes momentos, de grandes conjuntos de cogniciones-afectos y de sus correspondientes sustratos neurobiológicos y neurofisiológicos. Decimos "cierto" isomorfismo en cuanto a que al menos habría una persistente correlación. Se trata de una correspondencia formal



en la que la propuesta –siguiendo a Wilson (3)- sería más de ingeniería que de ciencia básica: han de cumplirse unos requisitos formales mínimos, a rajatabla, pero con un espacio de libertad estilística en las propuestas. Este relativo isomorfismo o fuerte correlación implicaría un camino a doble vertiente; si tomamos como uno de los grandes momentos isomórficos (o correlativos) a cierto género de tristeza: puedo estar triste porque he perdido algo y, a la James (26), puedo pensar que he perdido algo porque estoy triste. Visto así, y desde el plano teórico, no habría razón para privilegiar una de las alternativas. Sin embargo pareciera que en la práctica la alternativa de los cerebro-psiquiatras cubre más espacio. Seguramente hay razones de diversa índole: tal vez de eficiencia y, sino de eficacia, sí al menos de voluntariedad y metodología en su medida, de presiones económicas industriales, de linealidad y concordancia con la previa formación médica de los profesionales, de cierta facilidad –en parte por todo lo anterior- para su ejercicio, etc. Bien es cierto que esta situación hegemónica de los cerebro-psiquiatras en gran medida –seguramente- no hace sino cubrir un espacio dejado vacío por la concurrencia de los mente-psiquiatras alejados de la docencia médica y psiquiátrica, sumergidos en reinos de "taifas" y/o enfervorecidos en capillas. En cualquier caso quizás la situación no es sino fruto de los –"naturales"- movimientos temporo-pendulares.

Hemos visto que la crítica de Ryle (5) a la mente deja bastante claro que no es una cosa en el mismo sentido en que el cerebro lo es, cerebro y mente no poseen similar estatus ontológico, o si se prefiere, el cerebro lo tiene y la mente no. Sin embargo sea lo que fuere, hay una diferencia entre cerebro y mente, y ese "sea lo que fuere" es precisamente la base de la diferencia categorial (Wilson, 3): la mente no es una simple ilusión verbal. La mente tal vez refleje en su organización –como lo quiere el conexionismo- la organización de las redes neurales, en cualquier caso

seguimos aquí la propuesta de que sin cerebro no hay mente. Por otra parte también nos adscribimos a la línea que considera que sin lenguaje verbal no hay mente, o con más precisión: la mente es sobre todo lenguaje verbal. Finalmente pensamos que la mente que es –dominantemente, y por tanto no únicamente- lenguaje verbal es también sistema de relaciones objetales. El ser humano internalizó, al construirse como tal, a los otros ("objetos") además de mantener su propia figura ("sujeto").

Si la mente es expresión de aconteceres cerebrales (bioquímicos, conexionistas, o lo que corresponda), el lenguaje verbal y el sistema de relaciones objetales también lo son; seguramente no de un modo isomorfista absoluto que resultaría ingenuo sino como sistemas autoorganizados acoplados en un sentido próximo, para ese concepto, al que describen Maturana y Varela (24).

Como señala Wilson (3, p.111) "las propiedades fenoménicas son intrínsecas al funcionamiento de canales de experimentación inmediatamente experimentados", dicho de otro modo: oigo sonidos porque percibo ciertas longitudes de ondas con las cadenas de huesecillos, y veo imágenes porque se ponen en acción la retina y más tarde los lóbulos occipitales, invirtiendo las conexiones los sonidos serían imágenes y éstas sonidos. A pesar de complicaciones sobreañadidas, de igual modo se organiza mi mundo mental sobre la base de "otros" significativos sexuados y según las reglas del lenguaje verbal y su lógica porque así lo exige la estructura cerebral desplegándose en un medio que selecciona.

Los comportamientos, pero también ciertos climas afectivos, ciertas querencias a la búsqueda de la distancia oportuna (Zuazo, 25), ciertos grandes tipos de valores y creencias, los modos lógicos concomitantes, se producen y reproducen monótonamente a lo largo de todas las geografías y de grandes períodos de

tiempo; aquello que se habría de demostrar es cómo podrían no ser biológicamente (en su sentido somático) estructurales, no lo contrario. Poner al lenguaje verbal, o los productos lógicos o a los hábitos sociales como generadores de esas monotonías no es sino retrotraer el problema sin hacer variar la propuesta.

Pensamos que en sentido estricto todo lo que haga, piense o diga el ser humano es un producto "natural", por definición, ya que el hombre es un elemento de la clase general naturaleza. Establecer la polaridad naturaleza/cultura es —precisamente— denominar naturaleza a todo lo que no es cultura, o dividir el mundo en lo que no habla vs. lo que habla. Esto último sin duda tiene un interés pero creemos que puede suscitar el establecimiento de diferencias cualitativas exageradas y generadoras de confusión, entre otras la que tratamos en estas líneas: la mente sobrevolando platónicamente el mundo de la materia. Al fin y al cabo el ave construye el nido para proteger polluelos de los que aún no ha puesto el huevo y las manzanas caen respetando escrupulosamente las leyes de Newton sin hacer cálculo alguno. Desde esta aproximación, las leyes que rigen el movimiento por el que cae la manzana o las reglas que teleológicamente ordenan el comportamiento del ave son tan naturales (y "materiales") como la pulpa y la semilla del fruto o las plumas y el pico del ave.

Pero ya dentro de la naturaleza y en el interior de uno de sus elementos (el ser humano), que es de lo que aquí tratamos, nos encontramos con que la general y principal monotonía de lo que hablamos no impide las diferencias que, aunque superficiales en cuanto al núcleo central, muestran variaciones altamente significativas:

Variaciones entre el ser humano y el resto de los elementos orgánicos e inorgánicos ligados a la capacidad de anticipación de los acontecimientos basada en su capacidad simbólica y

en el lenguaje verbal.

Variaciones entre los seres humanos sustentadas, ante todo, en sus características cerebrales y mentales.

Pensamos que más allá de los isomorfismos entre grandes conjuntos mentales y subsistemas cerebrales existe lo que pudiéramos denominar un inmenso margen de maniobra, con redundancias y meandros y con efectos no previstos (o en todo caso no consecuencia directa de los mecanismos evolutivos que generaron cerebro y mente). Tal vez ese margen de maniobra se encuentre en el origen de la complejidad teórica de las relaciones cerebro/mente e incluso en lo que rodea al libre albedrío; en cualquier condición todo ello es la razón principal por la que pensamos que únicamente los "grandes momentos" de la mente (normales o patológicos) serían del dominio altamente correlacional o débilmente isomorfa con respecto al cerebro. Los bastante poco específicos niveles de actuación clínica de los psicofármacos no van a contradecirnos en esas globalidades de los "grandes momentos" señalados. Por otra parte las dificultades metodológicas para situar la eficacia de la psicoterapia deberían de ser más un reto que una disuasión en un espectro humano de significaciones y valores asentados en los "grandes momentos" pero también en el "margen de maniobra".

Plantaremos aquí un modelo mente-cerebro en el marco de las teorías de la identidad con, no obstante, características originales que diferencian la mente sin llegar a dar a esta última dimensión ontológica. La mente se comporta como una cinta elástica circular, sin extremos libres estrecha y móvil en la que esa movilidad está sustentada en, a) las características materiales de su composición, b) unos nudos que se presentan repartidos a lo largo de la cinta, c) la inserción por derivaciones desde algunos nudos de la cinta a una superficie formada por láminas colocadas una sobre



la otra (cerebro) y que están dotadas ellas mismas de movimientos por desplazamiento. Según el modelo:

El movimiento de la cinta corresponde a la mente (o con más propiedad, a lo mental), ese movimiento está limitado por la calidad de la cinta que proporciona y a la vez limita las posibilidades. Su estructura circular la hace cerrada en sí misma.

Los nudos de la cinta le dan también específicas peculiaridades a los movimientos de la cinta. Estos nudos, el número de ellos, la distancia entre uno y otro condicionan los movimientos de la cinta sin relación directa con el material del que está fabricada y corresponden sobre todo al sistema de relaciones objetales (y a través de él a las relaciones del sujeto con los objetos y del individuo con el resto de los individuos). No obstante habremos, además, de tener en cuenta que la cinta presenta por sus características materiales una propensión o tendencia a que se construyan determinados nudos.

Desde ciertos nudos surgen las derivaciones que unen la cinta a la superficie de base y que corresponden en el modelo a lo que hemos denominado "grandes momentos", es decir, situaciones conflictivas de primer rango: excesos de proximidad o de distancia con los objetos fundamentales distribuidos según el género, el tiempo (generaciones) y las variaciones representativas. También comprenden las emociones concomitantes según los modos de elaboración psicológica de los conflictos.

Las zonas de inserción en la superficie de las derivaciones presentan movimientos en esa superficie que se transmiten a la cinta; por otra parte, de manera bidireccional, los movimientos nacidos en la cinta, a través de su inserción, desplazan las láminas.

La superficie de inserción (formada por las

láminas) corresponden al cerebro.

Realmente, como señala G. Strawson (12), lo que ofrece serias dificultades para una teoría monista o de identidad mente-cerebro es la experiencia, la actualización experiencial fundamentalmente consciente. Todo el resto podría –al menos teóricamente– ser atribución de una "máquina" sino computacional al menos conexionista. Naturalmente eso no significa necesariamente que la experiencia no pueda corresponder a algún estado del cerebro, sin embargo ese paso difícilmente puede ser dado con los actuales conocimientos científicos. En cualquier caso la heterogeneidad de la mente no debe de ser absoluta puesto que –es lo que proponemos– existe una bidireccionalidad en las causaciones, y como señalábamos más arriba, por ejemplo: a) una pérdida altamente significativa puede desencadenar un grave movimiento de tristeza "somáticamente" consistente, y b) una original tonalidad baja del humor puede generar experiencias de "ideas negras".

En este último caso es como si esa tonalidad del humor funcionase como bomba de aspiración para determinados contenidos y movimientos asociativos. Es precisamente similar a lo que hemos sugerido con los "grandes momentos" ("zonas de inserción" en el modelo) en los que de forma bidireccional se generan actualizaciones experienciales relativamente específicas en torno al juego de distancias entre el sujeto y los objetos, a sus conflictos y a los excesos relacionales. Pero hay más, según el modelo propuesto la bidireccionalidad sería de rigor a través de las zonas de inserción, y siguiendo la continuidad de la cinta (y de su movimiento), los elementos se asocian de tal modo y manera que desde un punto cualquiera de la cinta en movimiento podemos llegar asociativamente a las zonas de inserción.

La coherencia que rige en la mente obliga a "racionalizar" cualquier cuerpo extraño que allí se manifieste: sensaciones y vivencias "originales" (en el sentido de surgidos de la "superficie cerebral" en el modelo) han de ser

cargados de significaciones ("si tengo una sensación de elación, tal o cual sentido de las situaciones ha de hallarse en su origen"); propuestas desgranadas del todo, como elementos de los sueños u órdenes posthipnóticas, han de ser interpretadas y ajustadas en el marco de la coherencia. Si entro en la tromba del optimismo leonino del alcohol, las dificultades diluyen su sentido y si en la melancolía no puedo explicar la cadena de causas y efectos, la incoherencia aumenta mi desesperación. Soy llevado por el lenguaje verbal y por la necesidad de coherencia de la mente en un movimiento que me relaciona conflictivamente con los demás pero, y es importante, con una consciencia incapaz de manejar los contradictorios en los que un polo niega al otro ("quiero" / "no quiero", "sí" / "No-sí"...). Los modos del símbolo (no conscientes y por supuesto, "automáticos") negociarán estas contradicciones: desde esta aproximación tanto las elaboraciones conscientes con las no conscientes (Zuazo, 27) estarán al servicio de

la coherencia mental.

Tal como lo entendemos, la mente no es al cerebro lo que el funcionamiento del motor a este último. No podemos "meter nuestras manos" en ese funcionamiento abstracto: si queremos hacer variar el funcionamiento del motor deberemos recurrir a manipular inmediata o mediatamente ese motor. Sin embargo, podemos –escuchando, hablando, generando variaciones relacionales y "representativas"- desencadenar cambios en la mente y, por definición desde nuestro punto de vista, en el cerebro. Si somos capaces de hurgar en el cerebro y también en la mente, ¿por qué limitarnos o privilegiar violentamente una de las vías? Como en todo acontecer biológico nuestro oficio y obligación habría de ser la generación de diversidad, y ya serán la sociedad y sobre todo nuestros pacientes quienes seleccionarán.



*C.S.M. Gasteiz-Centro.
C/Santiago Nº 7 Bajo. 01004 Vitoria-Gasteiz

Bibliografía

- Davidson D. *Mente, mundo y acción*, Barcelona: Paidós, 1982.
- Bechte W. *Filosofía de la mente*, Madrid: Tecnos, 1991.
- Wilson E. *Lo mental como físico*, México: Fondo de Cultura Económica, 1985.
- Putnam H. *Mentes y máquinas*, Madrid: Tecnos, 1985.
- Ryle G. *El concepto de lo mental*, Buenos Aires: Paidós, 1967.
- Taylor G.J. *La pensée opératoire et le concept d'alexithymie*. Rev. Franç. Psychanal. 1990, 3: 769-783.
- Ey, H. *La conscience*, Paris: PUF, 1968.
- Berrios G, Markova IS, Olivares JM. Retorno a los síntomas mentales: hacia una nueva metateoría. *Psiquiatría Biológica* 1995, 2, 2: 51-61.
- Berrios G. *Teoría y génesis del síntoma*. Maristan 1996, V, 10: 20-28.
- Groddeck G. *Le livre du Ça*, Paris: Gallimard, 1973.
- Marty M. *El orden psicósomático*, Valencia: Promolibro, 1995.
- Strawson G. *La realidad mental*, Barcelona: Editorial Prensa Ibérica, 1997.
- Fodor J A. *La explicación psicológica*, Madrid: Cátedra, 1980.
- Lacan J. *Fonction et champ de la parole et du langage en psychanalyse*. En: Lacan J: *Ecrits*, Tome I. Paris: Points, 1966; 110-208.
- Fodor JA. *El olmo y el experto*, Barcelona: Paidós, 1997.
- Bunge M. *La filosofía es pertinente a la investigación científica del problema mente-cerebro*. En: Mora F, ed. *El problema cerebro-mente*. Madrid: Alianza, 1995; 55-73.
- Rivière A. *Mentes, cerebros y cómputos: ¿problemas o misterios?*. En: Mora F, ed. *El problema cerebro-mente*. Madrid: Alianza, 1995; 73-134.
- Bunge M. *Mente y sociedad*, Madrid: Alianza, 1989.
- Penrose R. *La nueva mente del emperador*, Madrid: Mondadori, 1991.
- Searle J. *Un ensayo en la filosofía de la mente*, Madrid: Tecnos, 1992.
- Martínez-Freire P F. *La nueva filosofía de la mente*, Madrid: Gedisa, 1995.
- Pribram H K, Martín Ramírez J. *Cerebro, mente y holograma*, Madrid: Alhambra, 1980.
- Piaget J. *Le structuralisme*, Paris: PUF, 1979.
- Maturana H, Varela F. *El árbol del conocimiento*, Madrid: Debate 1990.
- Zuazo J I. *El sujeto y sus objetos: enunciación y experiencia, aspectos psicológicos y psicopatológicos*. *Anales Psiquiatría* 1997, 13, 1: 31-40.
- James W. *Principes de Psychologie*, Paris: M. Rivière, 1910.